

LAS OCLUSIVAS ORALES EN LATIN VULGAR

Miguel Rodríguez-Pantoja

La aproximación al latín vulgar por parte del no especialista tropieza con varios inconvenientes, entre los cuales cabe destacar, de un lado, la propia complejidad de los fenómenos que le afectan, acrecentada por la relativa escasez y dispersión de los datos a nuestro alcance, de otro la penuria de manuales asequibles a la mayoría¹.

Este segundo problema no es ni mucho menos tan grave para la lingüística románica, a la cual se consagran numerosos estudios de tipo general abiertos con frecuencia a los avances metodológicos actuales². Así resulta en ocasiones indispensable acudir a ellos para tener una visión más al día de los problemas planteados por el latín vulgar, aunque allí no sean estudiados en sí mismos.

Por lo demás, si en un terreno tiene aplicación positiva, tanto a nivel puramente especulativo como didáctico, el estructuralismo diacrónico, es precisamente en el que ahora nos ocupa.

Las páginas que siguen van encaminadas a comprobar la vali-

¹ Que yo sepa, en castellano aún hay que recurrir a la *Introducción al latín vulgar*, de V. Väänänen (trad. de M. Carrión), Madrid, 1967, o a la obra del mismo título de C. H. Grandgent, que remonta a 1907, traducida en 1928 por F. de B. Moll con «gran número de adiciones» facilitadas por el propio autor. La 4.ª edición de esta versión española es de 1970.

² En castellano hay varios, empezando por la *Introducción a la lingüística románica*, de W. Meyer-Lübke, de cuya 3.ª edición hizo una versión con notas y adiciones A. Castro (Madrid, 1926). Por ejemplo, C. Tagliavini, *Orígenes de las lenguas neolatinas*, trad. de J. Almeida, México, 1973; B. E. Vidos, *Manual de lingüística románica*, trad. de F. de B. Moll, Madrid, 1968²; H. Lausberg, *Lingüística románica* (2 vols.), trad. de J. Pérez Riesco y E. Pascual Rodríguez, Madrid, 1970, el más completo e interesante, por lo que aquí lo sigo regularmente, o I. Jordan, M. Manoliu, *Manual de lingüística románica* (2 vols.), trad. de M. Alvar, Madrid, 1972.

dez de un enfoque de este tipo, insistiendo desde el primer momento en la íntima conexión de fenómenos sistemáticos que con frecuencia son presentados de forma dispersa e inconexa, ello sin descuidar las apreciaciones de E. Coseriu³, quien censura a los estructuralistas identificar «el *cambio* (difusión de una innovación) con la *mutación* (sustitución de una estructura por otra)». Prestaremos también atención, pues, en la medida de lo posible, a «la etapa intermedia, durante la cual las dos estructuras, la vieja y la nueva, coexisten», al proceso «que se desarrolla en la 'norma' de la lengua, a través de múltiples selecciones».

Como paso previo para entrar en materia conviene hacer algunas puntualizaciones no por sabidas menos importantes que con frecuencia se pierden de vista.

A) Con relación al objeto de nuestro estudio:

1. Hace poco recordaba A. Pariente⁴: «los hechos más típicos del latín vulgar están atestiguados, con mayor o menor extensión, en todas las épocas de la lengua latina, desde que hay testimonios escritos». Quiere ello decir que el «clásico» ha supuesto en diversos aspectos una ralentización del proceso, incluso una vía paralela, y no un eslabón entre arcaico y vulgar.

Lo que sucede es que los elementos a nuestro alcance para seguir la primera parte de la historia son insuficientes; está claro, en efecto, que hasta la época imperial el único latín del que podemos hacernos una idea clara es el literario, inteligible, sí, para la generalidad de los hablantes, pero sin duda distinto, en determinados aspectos, de la lengua del pueblo. Por tanto, si lo empleamos como referencia es en cuanto que sólo él permite una base de arranque para ponderar la evolución del vulgar. El proceso que estudiamos es más bien, pues, el del alejamiento de éste con respecto

³ E. Coseriu, *Sincronía, diacronía e historia*, Madrid, 1973, p. 220.

⁴ A. Pariente, «La significación del latín vulgar en el conjunto de la fonética latina», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1978, p. 34.

a aquél, que acaba por detener su evolución, quedando lingüísticamente «muerto»⁵.

2. De otro lado, la idea de un latín vulgar uniforme, sin diferencias, utilizado durante largo tiempo en todo el imperio, que prestigian desde sus planteamientos neogramáticos estudiosos de primera fila como W. Meyer-Lübke, sólo es aceptable por comodidad pedagógica⁶. En efecto, cabe hablar de variaciones locales perceptibles a partir de una época relativamente temprana, que podríamos situar aproximadamente en el siglo III d. C.⁷.

Lo cual no quiere decir que a lo largo del tiempo que duró el imperio la generalidad de los habitantes del mismo no fuesen capaces de entenderse entre ellos, como hoy sucede con los hablantes de nuestra lengua pese a las numerosas variantes que se dan en cada región y casi en cada ciudad, cuando no dentro de ella.

3. También es evidente que el proceso evolutivo se acentúa, a medida que el tiempo avanza, por una serie de razones como:

a) La extraordinaria extensión del mundo romano, y por tanto el creciente número de hablantes de latín, la mayoría de los cuales —hasta un noventa por ciento en tiempos de Hadriano (117-138 d. C.) según T. Frank⁸— eran hijos de individuos que no lo tenían como lengua materna, por lo que deberían haberlo aprendido después de la suya propia.

b) A este bilingüismo generalizado se añade una desvinculación cada vez mayor de la cultura, que durante siglos ha mantenido estrecho contacto con la masa a través sobre todo del teatro y la oratoria, sin contar la escuela, y que pierde su prestigio social después de haber sido cultivada, incluso anticipándola a los deberes de Estado⁹, por la clase dirigente romana.

5 En el sentido de que «el latín de Cicerón ha dejado de funcionar como lengua histórica justamente por haber dejado de cambiar [...]; aunque pueda seguir funcionando indefinidamente como 'código'» (E. Coseriu, *o. c.*, p. 30).

6 Cf. a este respecto lo dicho por Á. Tovar, en «A Research Report on Vulgar Latin and its Local Variations», *Kratylos*, 9, 1964, p. 113.

7 La idea es antigua. Ya la postuló H. Schuchardt, *Der Vokalismus des Vulgärlateins*, Leipzig, 1866-1868, y programáticamente K. Sittl, *Die Lokalen Verschiedenheiten der lateinischen Sprache*, Erlangen, 1882.

8 T. Frank, «Latin Quantitative Speech as Affected by Immigration», *A. J. Ph.*, 45, 1924, p. 162.

9 Caso extremo el de Nerón, a propósito del cual dice H. Bardon en *Les Empereurs et*

c) La cultura sufre además un deterioro intrínseco: en literatura, como señala expresamente E. Löfstedt¹⁰, la gran tradición romana termina con Tácito. Sus sucesores toman otros derroteros, en los que juega un papel de primer orden la retórica, voz a la que pronto habrá que aplicar la acepción peyorativa que aún conserva en la actualidad. Salvo algunas excepciones, son «dilettantes» que ejercen una actividad cada vez más vacía.

d) Sólo queda la escuela; pero ésta también se muestra muy anquilosada en una concepción rígida de lo clásico como paradigma del bien hablar y escribir, y además no pasa para la mayoría de los ciudadanos de un nivel elemental que se refleja, eso sí, en los aspectos más externos y primarios como la ortografía.

e) En la evolución particular de las distintas zonas influyen también el sustrato, el tiempo de la colonización romana, la posición social de los colonizadores, el aislamiento de cada región¹¹.

B) Desde el punto de vista metodológico, hay que tener en cuenta la validez de los testimonios a nuestro alcance.

1. Un error documentado por los «graffiti» o las tablillas de execración tiene en sí menos valor representativo que la corrección de un gramático, en el sentido de que aquél, dejando al margen la posibilidad de una simple equivocación material, puede representar una articulación individual o minoritaria; en cambio, los gramáticos no corrigen, por escrito y en obra preceptiva, el «fallo» de un sujeto, sino el de un buen número de ellos.

Incluso dentro de las inscripciones es obvio que a mayor carácter oficial más cuidado en la ortografía y en consecuencia mayor trascendencia y representatividad de sus faltas.

2. Por otro lado, la escasez relativa de testimonios datados dificulta considerablemente el estudio de la cronología.

3. En cuanto a los datos que suministran las lenguas romances, son fundamentales sobre todo cuando se da una coincidencia

les lettres latines d'Auguste à Hadrien, París, 1968, p. 450, «il sera impossible d'aller au-delà dans ce sens».

¹⁰ E. Löfstedt, *Late latin*, Oslo, 1959, p. 1.

¹¹ Cf. Ch. Mohrmann, *Etudes sur le latin des Chrétiens*, II, Roma, 1961, p. 146.

mayoritaria o generalizada; pero siempre habrá que analizar si esa coincidencia puede deberse a desarrollos paralelos y no a una evolución cumplida ya en el tronco común.

4. Todavía un punto más: al margen de las correcciones expresas de los gramáticos, nuestras principales fuentes son los errores de ortografía, parcela ésta de la enseñanza escolar sumamente conservadora; es lo primero que se aprende y continúa vigente mucho tiempo después de que el fonema representado por un grafema concreto haya sufrido alguna modificación sustancial con respecto al momento en que éste se le atribuyó. Aun si los fonemas que convergen disponían de signo propio, se podrá ver esta evolución a través de las confusiones entre ellos (así en el «betacismo»); pero a veces (por ejemplo en las africadas palatales) la lengua carece del signo correspondiente, por lo cual escapa a nuestra percepción, salvo cuando se recurre a una escritura «fonética» (del tipo TS, DZ, etc.).

Con todo esto presente, empecemos por presentar el cuadro fonológico de las oclusivas orales en latín clásico, siguiendo los postulados de S. Mariner.¹²

AGUDAS	GRAVES			
	ANTERIORES	POSTERIORES		
		LABIALIZADAS	NO LABIALIZADAS	
D	B	GV	G	SONORAS
T	P	QV	C	SORDAS
(dentales)	(labiales)	(labiovelares)	(velares)	

Los órdenes¹³ de las oclusivas, excepción hecha de las labiali-

¹² S. Mariner, *Apéndice de Fonemática Latina* a la *Fonética latina*, de M. Bassols, Madrid, 1962, p. 259. La presentación gráfica difiere de la usada allí por el autor.

¹³ No está de más recordar la definición de estos conceptos (A. Martinet, *Economía de los cambios fonéticos*, trad. de A. de la Fuente Arranz, Madrid, 1974, p. 98): «los fonemas consonánticos que se caracterizan por una misma articulación forman una SERIE, si sus otras articulaciones características se sitúan en diferentes puntos a lo largo del canal espiratorio» [...] «Los fonemas que se caracterizan por una misma articulación situada en un

zadas, forman haces de tres elementos en combinación con las continuas espiradas. Estas tienen una articulación sorda, pero tal rasgo carece de relevancia desde el punto de vista fonológico, al no existir una serie sonora correspondiente:

AGUDAS	GRAVES anteriores	GRAVES posteriores
$\frac{D}{T} // S$	$\frac{B}{P} // F$	$\frac{G}{C} // H$

El inventario resultaría muy pobre si no existiera la posibilidad de geminar estos fonemas, salvo los labializados y H¹⁴.

Las dos *series* oclusivas giran en torno a un solo rasgo, el de la sonoridad.

Los *órdenes*, en cambio, se oponen de acuerdo con rasgos diversos. Así:

- D y T son agudas, frente al resto, graves (rasgo de la resonancia).
- Dentro de las graves, B y P se oponen a las demás en cuanto que anteriores (rasgo de la localización).
- Las posteriores, GV, QV y GC lo hacen por pares entre sí según sean o no labializadas (rasgo de la labialización).

Esta complejidad «vertical», combinada con la regularidad «horizontal», es un aspecto importante a tener en cuenta para explicar la repercusión en el sistema de los hechos de habla que le afectan.

Por otro lado, las oclusivas *sonoras* tienen un amplio margen de seguridad con respecto a las continuas espiradas; en efecto, ya señalábamos antes que éstas carecen en latín clásico de una serie sonora. Pero incluso dentro de la sorda, mientras S presenta una articulación próxima a T, la labial F se articula labiodental (y no bilabial como P) y la velar H, que puede tener valor fonológico en latín clásico desde el momento en que exclusivamente gracias a su presencia o ausencia se distinguen pares como HOS/OS¹⁵, no se articula y es omitida o introducida por error en cuanto se relaja la

punto determinado del canal espiratorio, pero que se distinguen unos de otros por alguna otra articulación distintiva, forman un ORDEN».

¹⁴ Hay autores que consideran la cantidad consonántica un rasgo fonológicamente pertinente y no una combinación de fonemas. Cf., por ejemplo, los citados I. Jordan, M. Manoliu, o D'A. S. Avalle, *Bassa latinitá*, II, Milano, 1971 ».

¹⁵ Cf. S. Mariner, o. c., p. 258.

atención a la ortografía. La lengua vulgar tiende entonces a eliminar las posibles confusiones sustituyendo uno de los vocablos que forman cada par (a veces incluso los dos) por otro semánticamente próximo y fonéticamente diverso. Con ello la serie de las espiradas quedaría reducida a dos fonemas: uno agudo, S, y otro grave, F¹⁶.

Las oclusivas tienen un rendimiento funcional alto, pero se va reduciendo:

A) Según la posición silábica.

I. En inicial de palabra se mantienen generalmente inalteradas porque tal posición es especialmente resistente a los cambios. No obstante, también allí ha habido modificaciones en épocas diversas, como la sonorización que afecta no sólo a las palabras tomadas del griego, cuyas oclusivas no espiradas «ne devaient pas répondre exactement à *p, t, c, et b, d, g* du latin»¹⁷, sino también a otras, remontables incluso a la época arcaica¹⁸. De la confusión B/V hablaremos más adelante.

II. En inicial de sílaba tras consonante también es dable encontrar ejemplos de sonorización y no sólo afectando a vocablos de origen griego¹⁹. Aquí hay asimismo confusiones de B y V, que serán tratadas en otro lugar.

III. En final de palabra, junto a la relajación fonética de una sílaba siempre átona y muy frecuentemente postónica, hay posibles influencias dialectales²⁰ o analógicas. El hecho es que:

¹⁶ Paralelamente I semiconsonántica ocupa el lugar de la espirada palatal sonora, pero se desplaza en seguida hacia la africación (ya en el siglo I d. C.).

¹⁷ A. Meillet, *Esquisse d'une histoire de la langue latine*, París, 1948*, p. 92. GVBERNARE de κυβερνήν, BVRRVS de πυρρός, BVXVS de πύρος. La tendencia sigue viva posteriormente (por ejemplo, GLOVE [= *Chloe*] en *CIL*, IV, 4430).

¹⁸ Cf. GONLEGIVM, GONDECORANT en *CIL* I³ 364, que por hallarse en territorio etrusco se explican generalmente como una confusión gráfica. De Pompeya BOMPEIIANA *CIL* IV 538. Además GALAICIS *CIL* II 2776; GALLAECA *ibid.* 556; GLOVTIVS *ibid.* 2323; GAVLINIANVS *ibid.* 6284; BIZINVS (= *pisinus*) en Roma (Diehl 4116D) —citados por A. Tovar en «La sonorisation et la chute des intervocaliques, phénomène latin occidental», *R. E. L.*, 29, 1951, página 133—; GLAVDIVS *CIL* III 11333; BOSV(IT) *ibid.* 13079 ó los tecnicismos de origen griego corregidos en la *Appendix Probi GALATVS* (78: *κάλθεος*), BLASTA (188: *πλάστης*).

¹⁹ De época arcaica VOLGANI *CIL* I³ 364, inscripción citada en la nota anterior. En Pompeya OPODET *CIL* IV 4430. Además, CONCORDIA *CIL* IX 2249; AMBLIATO *ibid.* 4124; IMBEIA (= *impia*) *CIL* X 719, más una serie de ultracorrecciones (cf. de nuevo A. Tovar, *R. E. L.*, 29, p. 111). Servio se hace eco del tema a propósito de una palabra tomada del griego: «et *amurca* per 'c' scribitur et per 'g' pronuntiatur» (georg. 1.194: *ἀμύρρη*).

²⁰ El osco-umbro ha sido considerado responsable o al menos favorecedor de las confusiones -T/-D e incluso de su caída. Viene a apoyarlo la frecuencia de ejemplos en Pompeya. Cf. vgr. D'A. S. Avalle, *o. c.*, p. 113.

a) La oposición -T/-D (la única que afecta a las oclusivas orales) se muestra muy inestable. La antigua desinencia secundaria de tercera persona -T pasó originariamente a -D (aunque luego hubo una reestructuración); pronto se documentan confusiones de AT y AD y de otras terminaciones en dental²¹.

b) Por otro lado una especie de *horror uacui*, una «tendencia a evitar las consonantes en final de dicción y a hacer que las palabras (...) acabaran en la plenitud sonora de las vocales»²² trae como consecuencia la frecuente eliminación de estas consonantes finales²³ o el desarrollo de vocales paragógicas²⁴. A medio camino está la reducción de los grupos consonánticos²⁵.

También el latín arcaico presenta ejemplos de tal tendencia²⁶, que se incrementa durante el imperio en convergencia con otra: la de sustituir las oposiciones casuales mediante desinencias por las que utilizan preposiciones.

IV. En posición implosiva la correlación de sonoridad se neutralizaba desde época arcaica. La lengua vulgar va más allá y por

21 Así en época arcaica FHEFHAKED *CIL* I^a 3; ESED *ibid.* 1; FECED, SIED *ibid.* 4. Quintiliano se ve en la necesidad de puntualizar (inst. 1, 7, 5) «Illa quoque seruata est a multis differentia, ut 'ad', cum esset praepositio, d litteram, cum autem coniunctio, t acciperet». La grafía APVT aparece ya en el 45 a. C. (*CIL* I^a 593, 13). En Pompeya (*CIL* IV) hay bastantes casos de T por D (AT 1880, 2013, 9167; QVIT 1547a, 1824, 8986; QVOT 1860 —COT 8492—; SET 2400, 1516...) y desinencias verbales en -D (DICED 1700; PEDICAVD 2048; ROGAD 2388...); cf. V. Väänänen, *Le latin vulgaire des inscriptions pompéiennes*, Berlín, 1966, p. 70. Posteriormente continúan apareciendo numerosos ejemplos.

22 H. Lausberg, *o. c.*, parágr. 527.

23 Pompeya (*CIL* IV) AMA 8745, 8776b; AMA VALIA PERIA (bis) NOSCI VOTA 1173; COSVMA 4207; EDEBA 4986; FELA 4434, 5095; DEDICA 4603; MOVE 8496 y otros. Otras regiones y épocas: INTVLERI *CIL* III 2098; FECI *ibid.* 3399; BIXI *CIL* VI 25707; HABVISSE, DEBVERA *ibid.* 1537; HVI (= *huic*) *CIL* IX 5813; FA (= *fac*) *CIL* XV 6754... En cuanto a los resultados romances la tendencia «se afianzó más que en ningún otro sitio en italiano, algo menos en español y portugués, menos todavía en rumano, provenzal y catalán y muy poco en el norte de la Romania occidental (...). En sardo [...] mantiene viva su labilidad (foneticosintáctica) latinovulgar» según H. Lausberg, *o. c.*, parágr. 527.

24 Por ejemplo, ECCV(M) HIC da ital. *quinci*; AB HOC a. fr. *avue*; CANTAT sudital. *cantati*, sardo *cántat* (*cántata*).

25 Pompeya: HABITAN 8314; TABIFICANQVE 4966 (época de Sila o Cicerón, según recuerda V. Väänänen, *Le latin...*, p. 70); POS 2058, 6820, 6826; POSQVAM 4966; Otras regiones y épocas FECERVN, FACIAN (*N.S.A.*, 1918, pp. 58 s.; *in aurea aetate* según L. Rubio, V. Bejarano, *Documenta ad linguae latinae historiam illustrandam*, Madrid, 1955, núm. 352); POSVERVN *CIL* II 2679, *CIL* III 2348; FECERVN *CIL* VI 26224, 33688, 33907, *CIL* VIII 7928; SVN *ibid.* 27498a; *CIL* X 5939; ADES *CIL* VIII 20855; REDEVVVS *CIL* XI 4010; POS *CIL* III 8910, 14190, *CIL* VI 29925, *CIL* X 649, y otros. A veces la -N resultante se confunde con -M: QVESQVAM (= *quiescant*) *CIL* VI 25667; FECERVN *CIL* VI 26895; *CIL* XI 2981; EGERVN *CIL* VIII 11306; e incluso desaparece: FECERV *CIL* VI 22400; SOLVERV *CIL* VIII 11306. También se documentan ultracorrecciones como OBITORVNT *CIL* VI 19295; EORVNT *CIL* VI 19345.

26 Tanto en final postvocalico como postconsonántico: aparte de las omisiones de -D tras larga, cf. KAPIA *CIL* I^a 1; DA *ibid.* 376; DEDE *ibid.* 47, 377, 477; DEDRON *ibid.* 30; CORAVERON *ibid.* 59; DEDERO *ibid.* 61.

regla general los dos fonemas en contacto se identifican totalmente, dando origen a una geminada que luego suele simplificar en la mayor parte del territorio románico ²⁷.

En esa posición tiene lugar uno de los fenómenos más complejos y de mayores consecuencias en el consonantismo del latín vulgar: la palatalización de dentales y velares ante I semiconsonántica, palatalización que, al sumarse a la espiración de la I, da como resultado una africada. Los primeros ejemplos se encuentran ya en Pompeya, donde cabe un influjo del osco ²⁸, y el proceso, panrománico, puede darse por concluido en el siglo III d. C.

V. Entre vocales, o entre vocal y líquida, donde el contexto fónico, de máxima sonoridad, favorece la espiración y sonorización, se suma a la debilidad articulatoria (fonética) —que tiene mucho que ver con la tendencia al menor esfuerzo— el amplio margen de seguridad hacia la espiración de las oclusivas sonoras (fonológico).

1. Existe así un campo abonado para la consolidación de dicho proceso que inician las *sonoras* con el llamado «betacismo»; consiste en la identificación de B y V semiconsonántica gracias a una evolución convergente: en intervocálica, B, que era oclusiva bilabial, se fricativiza o espira, mientras V, que era espirada labiovelar, pierde su velaridad. El primer ejemplo documentado es de fines de la república, y su número va creciendo a lo largo de los primeros siglos del imperio ²⁹. Alcanza a toda la Romania, incluido el sardo, lo cual hace pensar que se consumó hacia el siglo III d. C.

²⁷ No siempre tiene lugar el paso intermedio ni el resultado que acabo de señalar. Por ejemplo, CT da en rumano PT por falsa regresión (esta lengua mantenía también PT originario), en italiano TT o T sin que parezca indispensable la etapa de geminación, y en la Romania occidental T, bien por influjo osco-umbro (cf. H. Lausberg, *o. c.*, parágr. 430, o T. González Rolán, «La formación del latín popular y su proceso de absorción de las lenguas itálicas», *C. F. C.* XI 1976, p. 80 ss.), bien céltico (ya en W. Meyer-Lübke, *o. c.*, parágr. 227).

²⁸ Cf. V. Pisani, «Palatalizzazioni osche e latine», *A. G. I.*, XXXIX, 1954, pp. 112-119. La hipótesis ha tenido una acogida favorable en general.

²⁹ Se cita como más antiguo LIBERTAV(IS) de *CIL* I² 1330; del siglo I son LEBARE *CIL* III 7251 (49/50 d. C.); AMAVILIS *ibid.* 8324; OVITAE *CIL* VI 10944; INCOMPARAVILI *ibid.* 2496; IVVENTE *CIL* XI 137; LICEVIT *CIL* XIV 166; OBE (citado por H. Schuchardt, *o. c.* I, p. 131; época de Domiciano). Del siglo II H. Schuchardt, *loc. cit.*, recoge IVBENTVTIS, IVBENTIVS, IVBENTIO (155 d. C.); FAVIO y FLABIO. Del 209 es LIVERTVS *CIL* VI 2464; del 219 SEVACIA *ibid.* 3079; del 249 LIVENTER *CIL* X 6012,12, y aun anteriores al siglo IV CONVVIO *CIL* VI 9792; SIVI *ibid.* 20706; PROVITV *CIL* V 806...

Viene a corroborarlo el amplio eco que tiene en la *Appendix Probi*, fechable en torno a esta época³⁰.

El betacismo afecta también a la posición inicial de palabra antevocálica y a la inicial de sílaba tras R L, pero de forma menos generalizada. Los ejemplos epigráficos son igualmente tempranos y aparecen un poco por doquier³¹, pero los resultados en las lenguas romances no coinciden con los de la intervocálica³². Ello evidencia una tendencia general que se vería detenida por el influjo de la escuela y la pronunciación culta, sin olvidar las posiciones, escasas, en que B originaria se mantiene.

El desarrollo del proceso está vinculado con la tendencia de la lengua latina, desde su prehistoria, hacia la espiración, la cual se hará efectiva si encuentra circunstancias favorables; en este caso la identificación B/V, consumada y mantenida entre vocales, se extiende a otras posiciones donde estos fonemas son menos frecuentes: inicial de palabra antevocálica —sobre todo cuando la precedente termina en vocal—, inicial de sílaba tras R L³³. Un posible elemento coadyuvante puede ser la influencia dialectal, postulada por algunos investigadores³⁴.

En determinadas zonas la V se articula luego labiodental, convirtiéndose así en el correlato sonoro de F³⁵.

30 PLEBES non PLEVIS (91); TABES non TAVIS (93); TOLERABILIS non TOLERAVILIS (198). Para la datación cf. vgr. W. A. Baehrens, *Sprachlicher Kommentar zur vulgärlateinischen Appendix Probi*, Halle, 1922, que la sitúa entre 200 y 320.

31 De Pompeya, entre otros menos seguros, BACCVLEIVS 9256; BERVVS 4380; BALIAT 4878; FVLBVNGVIS 7345. En el tiempo de Augusto sitúa H. Schuchardt, *loc. cit.*, SALBIO. Del siglo II SILBANO *CIL* XI 3732; ACERVISSIMAN *CIL* X 1208 (155 d. C.); BEREVCNVDVS *CIL* VI 217; BERBECES *ibid.* 1099; VENE *ibid.* 7582 (187 d. C.); NERBA en una moneda de tiempo de Trajano. La *Appendix Probi* corrige BACVLVS non VACLVS (9), VAPVLO non BAPLO (215), ALVEVS non ALBEVS (70) y los ejemplos continúan apareciendo con profusión.

32 En intervocálica la confusión es general; en inicial no las diferencia sardo (excepto el dialecto arcaico de Bitti); suditaliano, español, catalán y gascón. Tras consonante «sólo en limitados casos V ha dado B en todas las lenguas románicas: al parecer, sólo después de R y antes del acento», según W. Meyer-Lübke, *o. c.*, parágr. 149.

33 E. G. Parodi, «Del passaggio di V in B. e di certe perturbazioni delle leggi fonetiche nel latino volgare», *Romania*, 27, 1898, p. 194, señala que V subsiste precedida de vocal y pasa a B tras consonante, tanto en inicial como en interior; pero los hechos no permiten aceptar sin más tal teoría.

34 M. Nacinovich, *Carmen Arvale*, 2, Roma, 1934, pp. 186 ss., habla de una influencia sabiná para la intervocálica; C. Merlo, «Il sostrato etnico e i dialetti italiani», *R. L. R.*, 9, 1933, pp. 189 ss., ve un sustrato etrusco en el paso V > B tras líquida; B. A. Terracini, «Di che cosa fanno la storia gli storici del linguaggio? Storia dei tipi *benio* e *Nerba* nel latino volgare», *A. G. I.*, 27, 1935, pp. 133-135 y 28, pp. 1-31; 134 ss., supone un influjo oscumbro. Hipótesis citadas y criticadas por B. Löfstedt, *Studien über die Sprache der Langobardischen Gesetze*, Stokholm, 1961, p. 157.

35 En inicial la articulan labiodental centro y norte de Italia, retorromano, francoprovenzal, francés, portugués y rumano, aunque «con vestigios de antiguas vacilaciones». En inter-

El desplazamiento de un elemento de la serie supone el primer paso, a nivel de sistema, para la correspondiente espiración de los otros dos que lo integran, G D.

La G, además de ser grave (y poco frecuente en inicial) como B, carecía, según lo dicho más arriba, de espirada correspondiente, por lo cual debió de evolucionar pronto.

La última en seguir el proceso parece haber sido la D, muy corriente en inicial y con varios fonemas de articulación próxima: uno espirado, aunque sordo, S, más otro nasal, N, y dos líquidos, L R.

El problema aquí es que sólo podemos reconocer gráficamente el cambio cuando ha pasado a la siguiente etapa, es decir, cuando la consonante desaparece totalmente³⁶, excepción hecha de confusiones esporádicas de la dental (precisamente la última en llegar a esta etapa final), como ALIPES por ADIPES corregido en la *Appendix Probi*³⁷, o PERES por PEDES característica, según Consencio (gramm. V 392), de la plebe romana.

El proceso da lugar a la aparición de variantes combinatorias espiradas, las cuales no corren peligro de identificarse con ningún fonema existente en la lengua, por lo que no plantean conflicto desde el punto de vista fonológico.

Los resultados romances hacen pensar que la espiración se extendió a la mayor parte de la Romania. Son excepción rumano³⁸ y dialectos del sudeste de Italia. En toscano afecta a todas las oclu-

vocálica «este cambio quizá no abarca ya a todo el Imperio» (cf. H. Lausberg, *o. c.*, párrafos 301 y 373).

³⁶ los ejemplos más antiguos afectan a G ante velar y palatal: FRIDAM *CIL* IV 1291 (Pompeya); AVSTO *CIL* II 5728 (s. III); AVSTA *CIL* VIII 9877 (a. 452); VINTI *ibid.* 8573; MAESTER *CIL* III 14730; TRIENTA *CIL* XII 5399; EO (= ego) *CIL* VIII 13134; CYTHEO (= *Cethego*) *CIL* XIII 2371 (a. 504). La *Appendix Probi* corrige CALCOSTEGIS non CALCOSTEIS (12). C. Tagliavini hace notar (*o. c.*, p. 334) que «la pérdida ocurrió antes de la palatalización según muestran casos como *magistrum* > it. *maestro*, rum. *maestru*, prov. cat. *maestre*, etc. y *quadregesima* > it. *quaresima*, rum. *paresimi*, engad. *quaraisma*, fr. *carême*, esp. *cuaresma*, etc.». De -B-, LAVDAELIS *CIL* XIII 2477 o GVNTHOERTA si está por *Gunthoberta* (cf. J. Vives, *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, Barcelona, 1942, número 55, a. 618). De -D- sólo se documenta omisión en algún vocablo cuando le sigue R: QARAGITA *CIL* VIII 12200; QVARAGINTA *CIL* XIII 11032; QARRANTA *ibid.* 7645, todos por *quadraginta*.

³⁷ (178). Esta confusión se suele relacionar con el paso D > L debido a la influencia sabina (cf. *oleo/odor, solium/sedeo*, etc.). Ahora bien, la forma originaria era con L (cf. gr. ἀλειφα), por lo que ADIPES presentaría un proceso inverso (M. Leumann, *Lateinische Laut- und Formenlehre*, München, 1977, párr. 162). Parece, pues, difícil en principio admitir una misma explicación para el paso L > D y su contrario. ALIPES podría ser, bien la forma originaria, mantenida sin más o restituida a partir del griego, bien, como decíamos, un «vulgarismo» fonético.

³⁸ Que sólo omite B y V intervocálicas.

sivas, aunque luego debió haber una retransformación de G y D³⁹.

2. Al espirar las sonoras, las *sordas* se relajan ocupando el lugar dejado por aquéllas.

El relajamiento trae como consecuencia la sonorización, que triunfa en la Romania occidental (con algunas excepciones⁴⁰) y en parte del resto (dialectos de Italia central y del sur), o la espiración de las sordas (en toscano, como ya hemos visto, y en una primera etapa de logudorés, campidanés, zona norte de Córcega y zona norte de la Romania occidental⁴¹).

A propósito de la sonorización no cabe hablar de variantes combinatorias, sino de neutralización de la oposición sorda/sonora en beneficio de esta última. Si los ejemplos más frecuentes en las primeras etapas son los de G por C y los más raros corresponden a B por P, ello puede deberse a que la velar espiró pronto en determinadas posiciones, dejando en ellas terreno libre para la nueva G, procedente de C, que se identifica con la G originaria mantenida en otros lugares. B por su parte parece haber fricativizado de forma casi general, por lo que la sonora procedente de P no era identificable de forma plena con el signo B (que alternaba con V). Durante cierto tiempo habría, pues, un signo único (en este caso P) tanto para el fonema (es decir, la sorda) como para su variante combinatoria (en este caso la sonora intervocálica). Tal situación hubo de romperse al simplificar la geminada, pues entonces vuelve a haber en intervocálica una oposición fonológica «sorda (< PP)/sonora (< P)». Así se hace necesario utilizar signos distintos y se recurre de nuevo a B, cuyo empleo para marcar la oclusiva sonora en otras posiciones había vuelto a incrementarse, según apuntábamos arriba.

3. El último eslabón de la cadena sería la desaparición de las *geminadas* al transformarse las simples⁴². Sólo las conservan hasta hoy sardo e italiano.

* * *

39 Cf. nuevamente H. Lausberg, o. c., parágr. 365, n. 51.

40 Concretamente una parte de la zona pirenaica, donde dialectos aragoneses y gascones mantienen las sordas por influjo del vascuence.

41 H. Lausberg, o. c., parágrs. 361 y 364.

42 Hay que tener en cuenta que en latín «las geminadas sordas eran frecuentes, tanto en la sutura (*ai-tingo, ap-pello*) como en las otras posiciones (*bucca, puppa, mitto*) en tanto

Muy discutida, sobre todo con respecto a la sonorización, es la posible influencia de un *sustrato céltico*⁴³. Ahora bien, el fenómeno se documenta en regiones que escapan a ese supuesto sustrato —centro y sur de Italia⁴⁴, con Pompeya⁴⁵, Africa⁴⁶, zona oriental del imperio⁴⁷—, lo que haría suponer otros (así el italiano, postulado por A. Tovar⁴⁸ para ese territorio). Precisamente esta imposibilidad de reducir la base del fenómeno a una influencia única es el principal argumento esgrimido por los detractores de tal teoría, como portavoz de los cuales podríamos citar a B. Löfstedt⁴⁹, quien concluye determinándolo como «una tendencia tempranamente iniciada y universal del latín vulgar». Eso sin olvidar la justa apreciación de A. Martinet⁵⁰ con respecto al tema «todo aquel que tiene conciencia de la importancia preponderante de la estructura de las lenguas en materia de evolución sólo aceptará una explicación por sustrato cuando es posible probar que el cambio en cuestión era mucho más plausible estructuralmente en la lengua sujeta como sustrato que en aquella otra lengua que se considera influida por ella». No obstante, para él es indudable la existencia de «poderosos argumentos en favor de la interpretación del fenómeno románico como resultado, a más o menos largo plazo, de una influencia céltica».

Convendría entonces matizar; el fenómeno parte de un hecho base: la tendencia general en latín hacia la debilitación articulatoria, que propicia en el caso de las sordas la previa espiración de las sonoras, por lo que el cambio es perfectamente plausible

que las oclusivas sonoras geminadas eran excepcionales salvo en la sutura (*ag-ger, ab-breuiio, red-do*). Incluso en la sutura se tendía a eliminarlas tan pronto como comenzaba a borrarse el sentimiento de la composición» (A. Martinet, «La lenición en céltico y las consonantes del romance occidental», incluido en *Economía...*, p. 378).

43 Que postulan, además de A. Martinet, entre otros, A. Tovar (en los artículos ya mencionados y en otros: «La sonorización y caída de las intervocálicas y los estratos indoeuropeos en Hispania», *B. R. A. E.*, XXXVIII, 1948, p. 265 ss., «Sobre la cronología de la sonorización y caída de intervocálicas en la Romania Occidental», *Hom. Krüger*, I, Mendoza, 1952, pp. 9 ss., «Latín vulgar, latín de Hispania», *Jornal Filologia*, III, 1955), G. Rohlfs, *Actes du Colloque Int. Civil. Litt. et Langues Romanes*, Bucaresti, 1959, pp. 240 s. o W. von Wartburg, *La fragmentación lingüística de la Romania*, trad. de M. Muñoz Cortés, Madrid, 1971, pp. 46-49.

44 SADRIA *CIL* I^o 1468; PAGIO (= *Pacius*) *ibid.* 384; DRAGONIANVS *CIL* X 644; SAGRVM *CIL* XIV 3571; LAGREMAS *CIL* IX 648; PAGES *ibid.* 1378 (a. 508); AMADV *CIL* VI 12944; FEGIT *ibid.* 15471; DEB(OSITA) *CIL* XI 4339 (a. 491 ó 526); AGOLITVS *CIL* X 4528, recogidos por A. Tovar en *R. E. L.*, 29, pp. 111-112.

45 (*CIL* IV) PAGATVS 1486; TRIDICVM 5380, 21; TRIDICI 8830; VIRIODAL 2451.

46 Entre otras, LVGVM y LOVM en Diehl 4850 A3 y 2187.

47 EXTRICADO *CIL* III 36201 (a. 217).

48 A. Tovar, *R. E. L.*, 29, p. 112.

49 B. Löfstedt, *o. c.*, p. 142.

50 A. Martinet, *o. c.*, p. 419.

estructuralmente en esta lengua. Las influencias dialectales serían responsables de la adopción más temprana en determinadas regiones, las matizaciones de su evolución e incluso su triunfo definitivo.

Muchos problemas plantea también la *cronología*.

1. Nadie pone en duda que de todos los fenómenos señalados el betacismo es el primero en consumarse. Con respecto a G y D la ortografía no nos dice si las letras que vemos escritas representan o no una pronunciación espirada; en todo caso su evolución tiene mayor extensión geográfica que la sonorización de las sordas, lo cual podría ser indicio de prioridad.

Ya hemos dicho que el vulgar continuaría la tendencia a la espiración patente en el paso del indoeuropeo al latín⁵¹, y que el clásico detuvo o ralentizó el proceso, nuevamente incrementado cuando el influjo de la literatura, la escuela y demás elementos responsables de esa solución de continuidad no fueron ya capaces de mantenerla: la espiración o fricativización que había afectado a las anti-guas sonoras aspiradas se extiende ahora a las sonoras no aspiradas cuando el contexto es favorable.

2. Para situar cronológicamente la sonorización hay que tener en cuenta:

a) Que existen ejemplos epigráficos de localización muy diversa y época relativamente temprana⁵².

b) Que ya en el siglo IV se documentan incluso testimonios literarios: Filastrio de Brescia escribe (11, 1) PVDORE por PVTORE, Pelagonio (404) MIGAT por MICAT.

c) Que no está en los dialectos más conservadores del sardo⁵³.

d) Que se generaliza con posterioridad a la primera etapa de incremento de síncopas a raíz de la mutación del acento (y fecha-

51 Cf. A. Díaz Tejera, «Sincronía y diacronía: ejemplificación con las oclusivas sonoras indoeuropeas en griego y en latín», *Emerita* XLV 1977, pp. 299-311.

52 A los ya mencionados en las notas 45-47 pueden añadirse BEDONIENSIS *CIL* II 6246, 1 (27 d. C.), TRIDIAMI *ibid.* 2633 (27 d. C.), IMVDAVIT *ibid.* 462 (s. II), AVOLGIGORVM, VISALIGORVM, CABRVAGENIGORVM *ibid.* 2633 (152 d. C.) recogidas por A. Tovar, en *R. E. L.*, 29, pp. 114-118, entre otras muchas, y todavía, por ej. GREGA *CIL* III 10716 (s. III).

53 Ya he señalado antes que logudorés, campidanés, norte de Córcega sonorizan y espiran, en cambio, no lo hacen los dialectos centrales, el sur de Córcega y el galurés (cf. H. Lausberg, o. c., parágr. 364).

ble, por tanto, en torno al siglo III)⁵⁴. Incluso se ha intentado precisar más, colocándola «en el momento en que el latín vulgar estaba perdiendo la vocal postónica cuando ésta se encontraba situada entre una consonante labial y otra consonante, como parece atestiguarlos la diversidad de resultados románicos de *debitum* y *comitem* y las soluciones opuestas a que llegan *populus* —con P sonorizada en toda la Romania occidental— y *computus* que conserva la sorda»⁵⁵.

e) Que los préstamos al germánico presentan la sorda cuando son anteriores al siglo v, y la sonora a partir del vi⁵⁶.

f) Que si, como luego veremos, la simplificación de geminadas se consuma con posterioridad a la sonorización y previamente a la desmembración del latín, el proceso no puede tener sus *inicios* en el siglo v o el vi, según opinan los partidarios de la cronología tardía.

De acuerdo con todo ello lo más probable es que en los ss. I-II hubiera una tendencia de amplia difusión geográfica, que luego se incrementaría aunque ya en un ámbito más restringido para consumarse en ese ámbito hacia el siglo v o el vi.

La mayor o menor rapidez en la consumación del cambio puede verse influida, como hemos visto, por fenómenos de sustrato.

3. En cuanto a la simplificación de geminadas, no cabe colocarla, contra lo que opinan A. Martinet y sus seguidores⁵⁷, en el momento inicial del proceso, como desencadenante del mismo.

En efecto, la geminación, desconocida en indoeuropeo, se debe a determinadas evoluciones fonéticas y a recursos expresivos. Ambos procedimientos siguen vivos y aún se ven incrementados en vulgar y el comportamiento de las nuevas geminadas no difiere del de las ya existentes. Así pues, cuando ella todavía está vigente, se han consumado ya, una tras otra, la espiración de las sonoras

⁵⁴ En la *Appendix Probi* se recogen numerosos ejemplos de síncope.

⁵⁵ E. de Bustos Tovar, *Estudios sobre asimilación y disimilación en el ibero románico*, Madrid, 1960, pp. 69-70.

⁵⁶ Este argumento debe ser manejado con prudencia para el *terminus ante quem* dado que los contactos comerciales empezaron muy pronto y palabras como *akeit*, de *acetum*, *marikreitus*, de *margarita*, *katilus*, de *catinus* pudieron entrar por esa vía.

⁵⁷ A. Martinet, en «La lenición...», especialmente, p. 397. Cf. también A. G. Haudricourt, A. G. Juillard, *Essai pour une histoire structurale du phonetisme français*, París, 1940, pp. 48 ss.; E. Alarcos Llorach, *Fonología española*, Madrid, 1965⁴, parágr. 150; I. Jordan, M. Manoliu, o. c., parágr. 186.

y la sonorización de las sordas. Es cierto que se documentan pronto simplificaciones gráficas, pero lo más probable es que se trate de mera negligencia⁵⁸; de hecho la mayor parte de ellas están en textos muy descuidados, como las tablillas de execración. Afectan además a todas las consonantes, con marcada preferencia por las no oclusivas. Y las ultracorrecciones son escasas fuera del territorio italiano.

Si suponemos una simplificación generalizada con fuerza suficiente para impulsar la cadena, obligando a las sordas a sonorizar y a las sonoras a espirar, las geminadas surgidas tras la culminación del proceso se habrían mostrado reacias a dejar de serlo, como RR LL NN, que dejan huellas en la mayoría de las lenguas romances, porque ya la cadena no admite un nuevo desplazamiento.

En fin existen hechos fonéticos que dan pie a afirmaciones tan categóricas como la de V. Väänänen⁵⁹: «La reducción de las geminadas no se ha verificado más que en vísperas de la fijación de los idiomas románicos, y, en todo caso, posteriormente a la sonorización de las sordas intervocálicas: cf. esp. *rueda*, fr. *roue* < *rota*, pero esp. *gota*, a. fr. *gote* < *gutta*. Además, en francés, la geminada impide las diptongaciones $\bar{e} > ei$, oi , $\bar{o} > ou$, $a > ae > e$ en la sílaba precedente; la simplificación de la geminada o doble es, pues, posterior a estos cambios [...]; por otra parte, *-cc-* delante de *a* participa de la palatalización de *k* apoyada delante de *a*».

Una vez más vemos una tendencia, la de la simplificación, que se consume al darse determinados hechos de sistema; en este caso una cadena que podemos desarrollar en tres etapas básicas:

1.^a Las sonoras pierden su momento oclusivo y pasan a continuas espiradas.

2.^a Las sordas sonorizan ocupando el espacio dejado por aquéllas.

3.^a Las geminadas, que hasta entonces simplificaban de forma esporádica, consuman esta simplificación.

B) Independientemente de la posición silábica, tienen lugar dos procesos, vinculados entre sí.

⁵⁸ Cf. B. Löfsted, *o. c.*, pp. 165-167.

⁵⁹ V. Väänänen, *Introducción...*, parágr. 109.

1. Creación de un orden palatal.

C y G, que tendían fonéticamente a adelantarse ante E, I⁶⁰, consuman esa tendencia gracias al amplio margen de seguridad en esa dirección que suponía la falta de fonemas palatales en el sistema latino, y a la existencia de realizaciones sintagmáticas palatalizadas como resultado de la coalescencia entre dentales y velares con «yod» a que antes aludíamos.

Las nuevas palatales evolucionan luego hasta la africación no por motivos fonéticos, aunque algunos autores han intentado buscarlos⁶¹, sino porque esas realizaciones palatales previamente existentes en la lengua se articulaban africadas⁶².

Existen así dos etapas en el proceso y una vez más sólo podemos percibir gráficamente la segunda: nuestras primeras pruebas son formas como INTCITAMENTO (*CIL* XIV 2165), DISSESSIT (*CIL* VIII 21801), documentadas en el siglo v.

En cuanto a la primera, se puede retrotraer hasta el siglo III, pero no antes porque falta en sardo.

2. Desaparición de las labiovelares.

Es normal que QV y GV tiendan a desaparecer debido a su propia complejidad y al hecho señalado ya por R. Jakobson⁶³ de que los términos primeramente suprimidos en una correlación son los marcados. Así, su rendimiento funcional, que nunca fue alto, va decreciendo con el tiempo.

a) En efecto, la oposición labializado/no labializado se neutra-

60 «Es indudable [...] que *c* y *g*, ante las vocales palatales *e*, *i*, debían tener una levísima contaminación palatal (...), lo cual se ve por el hecho de que *e*, precedida de *c* y *g*, no se vuelve *o* ante *l pinguis* (cf. *scelus*, *sceleris*; *gelu*, etc., contra *holus*, *holeris*, arc. *helus*)» (C. Tagliavini, o. c., p. 333). La teoría, que remonta a L. Havet (*M. S. L.*, V, 46¹), es acogida, entre otros, por A. Meillet (o. c., p. 139), si bien cuenta entre sus detractores, por ejemplo, a F. Sommer (cf. el parágr. 53 del *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre*, recientemente reeditado por R. Pfister —Heidelberg, 1977—).

61 Por ejemplo, C. H. Grandgent, o. c., parágr. 260, lo achaca a «desarrollo de un sonido de enlace, una breve *y*»; C. Battisti, *Avviamento allo studio del latino volgare*, Bari, 1949, p. 144, dice «il motivo di questa riduzione nell'energia articolatoria va cercato nel fatto che la chiusura dorsale, a differenza di quella apicale, non é su una linea, ma ricopre una superficie ed è quindi meno intensa».

62 No todas las lenguas que palatalizan llegaron a esta fase final: no se da en campidanés, en los Balcanes, centro y sur de Italia, retorromano, algunos dialectos norteitalianos, picardo, «a lo que parece en mozárabe, así como también esporádicamente en aragonés» (H. Lausberg, o. c., parágr. 321).

63 R. Jakobson, «Principes de phonologie historique», incluido en *Principes de phonologie*, de N. S. Troubetzkoy, trad. de J. Cantineau, París, 1970, p. 321.

lizaba en los primeros tiempos del latín ante T, S y «yod»⁶⁴. También ante vocal homorgánica⁶⁵, aunque aquí la tendencia fue detenida e incluso corregida, especialmente en el relativo-indefinido, por influencia analógica del resto del paradigma⁶⁶.

No obstanté en los primeros siglos del imperio los textos vulgares muestran muy avanzada esta simplificación ante vocal homorgánica: en Pompeya leemos COT, COMODO, COMO y hasta alguna ultracorrección: QVOSERVIS por CONSERVIS⁶⁷. Además todas las lenguas, incluso las que conservan QV, atestiguan una inversión del proceso en el relativo-indefinido: la forma sin apéndice se extiende al resto del paradigma a partir de CO, COD, etc.

b) Ante E, I, un grupo de palabras de uso frecuente pierden pronto y en todas partes el apéndice por razones diversas: disimilación en CINQVE, CINQVAGINTA, analogía en COCINA, COCERE, a partir de COCVS... La palatalización de la velar resultante induce a situar estas reducciones en época muy temprana⁶⁸.

QV y GV persisten ante E, I fuera de estos casos (al margen de algunos ejemplos esporádicos)⁶⁹ —y ante A—. Por otro lado el número de realizaciones labiovelares se vio incrementado por la tendencia a la reducción de hiatos.

Así las cosas, la aparición del orden palatal hace que el apéndice de las labiovelares ceda a la presión del sistema y desaparezca, salvo en sardo, que como acabamos de ver no palataliza, e italiano, donde cabe hablar de una influencia culta, que desencadena incluso el refuerzo de la consonante ante V (ACQVA, documentado en la *Appendix Probi*, 112; de formación secundaria, pero con el mismo tratamiento, *tacqui* de TACVI, *giacqui* de IACVI, *piacqui* de PLA-

64 *Coxi*, *coctus* de *coquo*; *unxi*, *unctus* de *unguo*; (*re*-)*lictus* de *linquo*; *sectari* de *sequi*; *uox* < **wek*^w. Para «yod», *socius* de *sequi*; *lacio* (Paul. Fest.) (*al*-, *e*-, *il*-licio) < **lak**yo (cf. *laqueus*)... (M. Leumann, o. c., parágr. 155).

65 *Colus* < **k^wo*-; *colo* < *quo*- < **k^we*-; *secundus* de *sequor*, etc. (M. Laumann, o. c., parágr. 145). En época arcaica hay ya ultracorrecciones: OQVOLTOD *CIL* I² 581, 15.

66 Cf. una vez más, M. Leumann, o. c., parágr. 145.

67 (*CIL* IV) COT 8492; COMO, COMODO 9251; QVOSERVIS 1241.

68 CINQVE está, por ejemplo, en *CIL* VI 17508 ó X 5939 y los resultados romances son uniformes: it. *cinque*, fr. *cinq*, esp. *cinco*, prov. cat. *cinq*, rum. *cinci*... Lo mismo ocurre con CINQVAGINTA, it. *cinquanta*, fr. *cinquante*, esp. *cincuenta*, etc. La *Appendix Probi* corrige COQVENS non COCENS (39), COQVI non COCI (40) y las lenguas romances derivan de *cocere* y *cocina*: it. *cuocere*, *cucina*; fr. *cuire*, *cuisine*; esp. *cocer*, *cocina*; port. *cozer*, *cozinha*, etc.

69 Que, sin embargo, remontan hasta la época pompeyana: VSCE *CIL* IV 2437, año 37 a. C. La *Appendix Probi* corrige EXEQVIAE non EXECIAE (27).

CVI, etc.). Los ejemplos de simplificación se van incrementando ⁷⁰ y pronto los gramáticos se hacen eco de ella ⁷¹.

c) Queda QV ante A: en algunos ejemplos epigráficos pierde también el apéndice ⁷²; en varias lenguas recibe tratamiento distinto al de las otras posiciones antevocálicas: se mantiene V como vocal plena (lo cual elimina de hecho el fonema labiovelar) en español, catalán y portugués, que la pierden en el resto de los casos, y como apéndice en italiano, que la conserva en la mayoría de los vocablos ante E, I; pasa a /P/ o /K/, pero no a /Ĉ/ como el resto en rumano. Coincide con los resultados generales en sardo (> /B/ o /K/), francés y provenzal (> /K/). Como vemos, salvo en italiano, se elimina la labiovelar, aunque algunas lenguas la mantengan como grafema del sonido /K/ ante E, I.

Nuevamente tenemos que discrepar de A. Martinet ⁷³, el cual, aun sin descartar la posibilidad de una cadena de tracción como la que aquí se postula, prefiere la de propulsión partiendo de la tendencia generalizada en latín a la ruptura de hiatos. Ahora bien, los resultados de las labiovelares que no simplificaron tempranamente y los de las originadas por esta reducción de hiatos son los mismos, en tanto que las pocas que primero perdieron el apéndice participan de la palatalización. Luego ésta, para la inmensa mayoría de vocablos, es anterior. De otra parte, QV ante A, posición en la que se documentan la mayor parte de estas modificaciones en hiato ⁷⁴, recibe, como hemos visto, tratamiento distinto que ante E, I, aun cuando se conocían también africadas palatales seguidas de A ⁷⁵.

Una vez consumado el proceso, las velares procedentes de esta

⁷⁰ Aunque no mucho. Cf. CESQVANT (= *quiescant*) CIL VI 3446; RELICIAE *ibid.* 4999...

⁷¹ Por ejemplo, ya Velio Longo en tiempos de Trajano señala «ideoque non nulli quis et quae et quid per q et i et s scripserunt et per q a e et per q i d, quoniam scilicet in q esset et u» (gramm. VII 53); y en el siglo v Pompeyo preguntaba «quando dicis que ,quid sonat nisi q et e?» (gramm. V 104).

⁷² Ya he señalado a otro propósito QARAGITA CIL VIII 12200 y QARRANTA CIL XIII 7645.

⁷³ A. Martinet, *o. c.*, pp. 83 ss.

⁷⁴ En Pompeya hay ya casos no sólo de QVA por CVA (PASQVA, t. c. CXLVII 13, SVPERVAQVA CIL X 8071), sino incluso por COA (QVACTILIARI CIL IV 7809, 7838). Cf. QVAGLATOR CIL XIV 25, X 3910; INQVATA (= *inchoata*) CIL XI 4127 (218 d. C.); QVAE-QVALIS (= *coaequalis*) CE 1014,5... La *Appendix Probi* corrige VACVA non VAQVA (14). No faltan ejemplos ante las otras vocales: Pompeya PASQVORVM (t. c. CXLVII 13), *Appendix Probi* 15 VACVI non VAQVI...

⁷⁵ Aunque hemos ejemplificado con la labiovelar sorda, por ser más abundante, todo lo dicho se aplica también a la sonora.

simplificación no palatalizan puesto que entonces ya sí existe una serie palatal, salvo en rumano, donde la palatalización parece haber sido independiente de la occidental ⁷⁶.

Como resultado de todo el proceso asistimos a la creación de una serie de espiradas sonoras, muy inestable porque con frecuencia desaparecen o se retransforman y cuya contrapartida es la eliminación de las geminadas. Si, como hemos venido haciendo, éstas no son consideradas fonemas independientes, sino combinaciones de fonemas simples, tal hecho no afecta al inventario fonológico, sino a su rendimiento. De otra parte, se crea un orden palatal a costa del de las labiovelares en casi toda la Rumania, hecho que, en cambio, sí modifica el inventario fonológico.

Con ello, el cuadro «terminal» de las oclusivas orales latinas para la mayor parte del territorio románico podría representarse así (si incluimos, con E. Alarcos ⁷⁷, las africadas entre las oclusivas y advertimos que su realización presenta diversos grados desde el punto de vista fonético):

AGUDAS		GRAVES		
ANTERIORES	POSTERIORES	ANTERIORES	POSTERIORES	
D	DY	B	G	SONORAS
T	TS	P	C	SORDAS
(dentales)	(palatales)	(labiales)	(velares)	

⁷⁶ Cf. por ejemplo, C. Tagliavini, *o. c.*, p. 344 y parágrs. 64, 65, o H. Lausberg, *o. c.*, págr. 346.

⁷⁷ E. Alarcos Llorach, *o. c.*, p. 240.